

JEAN FEYDER

EL HAMBRE MATA

ALTERNATIVAS ANTE EL FRACASO
DE LA POLÍTICA ALIMENTARIA MUNDIAL

Icaria ✂ **Antrazyt**
SOBERANÍA ALIMENTARIA

ÍNDICE

Agradecimiento 9

Prólogo 11

PARTE I LAS CAUSAS DE LA CRISIS ALIMENTARIA

- I. El hambre, la desnutrición y los campesinos 21
- II. La crisis alimentaria 37
- III. La agricultura, un sector descuidado 47
- IV. Estrategias equivocadas 55
- V. El caso de Ghana 71
- VI. Haití y otros ejemplos 83
- VII. La agricultura industrial no es sostenible 99
- VIII. Las empresas transnacionales 113
- IX. La especulación en las materias primas agrícolas 123
- X. Los agrocarburos 127
- XI. La apropiación de tierras (Land grabbing), una nueva forma de colonialismo 137
- XII. Las biotecnologías 147

PARTE II
¿QUÉ HACER?

- XIII. La ayuda alimentaria 161
- XIV. El acceso a la tierra 169
- XV. Reactivar la agricultura alimentaria 177
- XVI. Una agricultura sostenible 193
- XVII. Reglamentación adecuada de los mercados agrícolas 209
- XVIII. Revisar las políticas comerciales 221

PARTE III
LOS PRINCIPALES PROTAGONISTAS

- XIX. La Unión Europea 235
- XX. Estados Unidos 247
- XXI. La China 255
- XXII. La India 265
- XXIII. Brasil 273
- XXIV. Rol decisivo de la sociedad civil y de las organizaciones campesinas 283
- Conclusiones 293
- Glosario 301
- Abreviaciones 307
- Bibliografía 311

AGRADECIMIENTOS

Quisiera expresar mi gratitud, en primer lugar, al profesor Marcel Mazoyer por los valiosos consejos que he recibido, desde la concepción de este proyecto hasta sus propuestas de modificaciones del texto. Por sus trabajos, Marcel Mazoyer tiene el gran mérito de haber contribuido ampliamente a dar un rostro a la pobreza a nivel mundial. Él ha producido una clave de análisis y de comprensión determinante del fenómeno del hambre y de la desnutrición. Le estoy muy agradecido por su estrecha cooperación, con la que he contado en mis diferentes funciones durante los últimos diez años.

También va mi agradecimiento a Diane Müller, Guy Schuller, Jean Majeres, tanto como a Renée y Bernard Lecompte, por el trabajo de lectura del proyecto y por las sugerencias de mejoras que ellos han tenido la amabilidad de ofrecerme. Asimismo quiero dejar testimonio de toda mi estima personal por el interés que han mostrado por este libro, así como por el estímulo y los consejos recibidos a lo largo de su preparación y escritura.

Y, finalmente, expreso mi agradecimiento a Isabelle Sandoz por su trabajo de organización, redacción y diagramación, paciente y competente.

* * *

En esta edición revisada y actualizada quisiera expresar mi profunda gratitud a Renée y a Bernard Lecompte, así como a Jean Majeres, fieles aliados en el trabajo de lectura, correcciones e invaluable observaciones y sugerencias aportadas.

PRÓLOGO

Cada día unas 25.000 personas —sobre todo niños— mueren de hambre y de desnutrición. De 7.000 millones de personas que viven en nuestro planeta más de mil millones no se alimentan suficientemente. Dos mil millones sufren de deficiencias de micronutrientes y 1.400 millones de adultos presentan un exceso de peso, entre ellos 500 millones son obesos.¹ El derecho a la vida, a la alimentación de estos seres humanos, es violado del modo más flagrante.

A pesar de que los jefes de Estado y de gobiernos del mundo entero habían declarado la guerra a este flagelo de la humanidad en el año 2000, cuando se comprometieron durante una Cumbre de la ONU, en Nueva York, a reducir, desde esa fecha hasta 2015, un 50% de la proporción de la población mundial que sufre el hambre; hay que constatar que la cantidad de personas en esta situación no ha disminuido durante los últimos quince años.

¿Será insuficiente la producción de los alimentos? No. La producción de cereales es suficiente para alimentar a 12.000 o 14.000 millones de seres humanos, por lo tanto, mucho más que los 7.000 millones actuales. Pero el hecho es que un poco más del 40% solamente sirve a la alimentación humana. Más del 30% se utiliza para alimentar el ganado, y el resto es quemado o transformado en agrocarburos y en productos industriales.² Desde luego, el hambre y la desnutrición no son problemas derivados de una producción insuficiente, sino más bien un asunto de pobreza, de justicia y de distribución.

1. Zukunftsstiftung Landwirtschaft, *Wege aus der Hungerkrise*, 2013, p. 4.

2. *Ibid.*

¿Conocemos acaso la situación paradójica del poblador rural que es a la vez mayoritariamente víctima del hambre y de la desnutrición, y fundamentalmente las mujeres? Y, ¿sabemos acaso que un 50% de estos pobladores son pequeños campesinos, un 20% trabajadores rurales sin tierra; un 10% pastores nómadas o pequeños pescadores, mientras que el 20% vive en los cordones de miseria de las ciudades llamados «township», «bidonvilles», asentamientos, pueblos jóvenes y otros eufemismos?

La importancia del número de los que viven directa o indirectamente de la agricultura es poco conocida. Ellos constituyen un total aproximado del 50% de la población en China, un 60% en India y entre el 60 y el 80% en África subsahariana.

Solamente una cantidad reducida de esta población ha sido afectada por el hambre a causa de la guerra (guerras civiles) y las catástrofes naturales. Todas estas familias pertenecientes a la clase social rural son víctimas, ante todo, de una marginación y de una exclusión por parte de la clase dirigente (política, económica, financiera). Estas viven lejos de los centros urbanos donde se concentra el poder y el conocimiento y, en consecuencia, el dinero e, incluso, el dinero del desarrollo. Con frecuencia, el mundo urbano y el rural están separados por una profunda brecha cultural hecha de indiferencia, de incomprensión y de desprecio.

¿Acaso se sabe que estos millones de pequeños campesinos — que con sus familias constituyen la más grande parte del ejército de hambrientos de la tierra — cultivan como promedio entre una y dos hectáreas y muchas veces menos aún, utilizando a menudo como únicas herramientas de trabajo una hoz y un machete? Mientras que un granjero del oeste europeo dispone de un promedio de 40 hectáreas que cultiva con tractores y máquinas cada vez más poderosas, y utiliza grandes cantidades de pesticidas y de abonos.

Sin ignorar el impacto de una mala administración pública y de la corrupción, deseo concentrarme en este libro, en primer lugar, en las causas más profundas y estructurales del hambre y de la desnutrición de la población rural.

Forzados por la trampa de la deuda y de la degradación en los términos del intercambio, una buena centena de países en desarrollo, sobre todo africanos y latinoamericanos, se vieron obligados a solicitar préstamos al Banco Mundial (BM) y al Fondo Monetario Internacional

(FMI). Fue entonces cuando se vieron obligados a aceptar políticas radicalmente diferentes a aquellas aplicadas hasta ese momento. Esas políticas, llamadas de ajustes estructurales, e inspiradas por el Consenso de Washington, han conducido a suspender y a modificar las políticas en curso, so pretexto de restablecer los equilibrios macroeconómicos. Había llegado la hora de la privatización, de la desregulación y de la liberalización. El Estado debía retirarse de las actividades económicas, y hasta de aquellas orientadas a desarrollar la agricultura, la salud y la educación. Para imitar el modelo que presentaba ventajas comparativas, los países en desarrollo fueron alentados con fuerza a reactivar la producción de exportación con el fin de asegurar los ingresos necesarios para pagar los intereses de la deuda. Abriendo sus mercados, los consumidores tendrían derecho a productos de alimentación baratos, importados. La crisis alimentaria de 2008 que ha desestabilizado numerosos países del mundo entero ha puesto en evidencia que el problema del hambre estaba lejos de ser solucionado y puso bajo sospecha, de manera radical, la pertinencia de este modelo de desarrollo impuesto por el BM y el FMI.

Durante más de tres décadas, a raíz de las políticas de ajustes estructurales impuestas, la agricultura alimentaria ha sido descuidada y hasta puede decirse que totalmente abandonada. La ayuda pública puesta al servicio del desarrollo rural y agrícola ha sido reducida de manera drástica, y han pasado del 19 al 4% los recursos proporcionados por la ayuda exterior entre 1980 y 2004. Y esto a pesar de que tres cuartas partes de los más pobres y de aquellos que sufren de hambre viven en zonas rurales. A pesar de numerosas declaraciones y promesas de volver a desarrollar la agricultura alimentaria, solo el 5% de esta ayuda se reserva a este sector.

Las políticas de ajuste estructural han reestructurado profundamente las economías de los países en vías de desarrollo. Estas han traído como consecuencia no solamente que los campesinos no puedan contar con la ayuda de sus gobiernos, sino que, además, durante este período, un ambiente económico nefasto les ha sido impuesto. Las importaciones a bajo precio (*dumping*) han favorecido, sin duda, durante cierto tiempo a los consumidores de las ciudades, pero han perjudicado seriamente a los productores nacionales, cuyos productos se venden cada vez menos y cada vez más barato. Así, las importaciones de pollos, arroz, concentrados de tomates y

leche en polvo han aumentado rápidamente, lo que ha llevado a la ruina la producción local y ha agravado las condiciones de vida de decenas de millones de familias campesinas. Y esto sin hablar de la supresión de empleos en los sectores de la artesanía y de la industria por la incapacidad de hacer frente a una competencia internacional.

A pesar de este balance catastrófico, la política neoliberal del BM, del FMI y de la Organización Mundial del Comercio (OMC) continúa actualmente a través de acuerdos bilaterales y regionales. La política agrícola común (PAC) de la Unión Europea también se confirma destructiva para los países en desarrollo y, en particular, para la agricultura campesina. Porque aun cuando en 2013 se reformó la PAC, esta continúa fuertemente orientada hacia la exportación. Las exportaciones de productos alimentarios de la Unión Europea (UE) hacia el África occidental se han duplicado en diez años como consecuencia de su política agresiva de precios. Dichos productos son vendidos a precios fijados por debajo del precio de coste de producción, *dumping*, lo que amenaza y frecuentemente destruye todas las actividades económicas de los pequeños productores locales.

Al mismo tiempo, la UE protege su mercado interior a través de elevadas tarifas aduaneras para los cereales, productos cárnicos y lácteos. Establecer similares medidas de protección en los países del Sur está prohibido. Es más, estos países han sido obligados a reducir de manera drástica sus tarifas aduaneras para los mencionados productos. La negociación de los acuerdos de cooperación económica (APE) entre la UE y los países ACP amenaza con llevar a los países africanos a abrir todavía más sus mercados ya liberalizados ampliamente y, de este modo, destruir toda perspectiva de desarrollo real. Como consecuencia de esto, cada año, para unos 50 millones de habitantes rurales no queda otra solución que el éxodo hacia la ciudad. Pero, ¿qué vida van a encontrar en los «cordones de miseria» de las ciudades, amenazados en cada crisis por **nuevas explosiones** sociales?

En las fronteras de Europa, cada día más personas arriesgan su vida para llegar a Lampedusa (isla italiana tristemente célebre hoy en día por los innumerables cadáveres de inmigrantes naufragados que el mar arrastra hasta sus playas). La UE tiene una enorme responsabilidad en este desastre.

En los capítulos cinco y seis se muestran las consecuencias desastrosas de esta política en Ghana y Haití. Como muchos otros, en el

transcurso de los años setenta, estos dos países fueron prácticamente autosuficientes en arroz y carne de pollo. Pero como consecuencia de los programas de ajuste estructural y de la liberalización de los mercados, un 90% de la demanda de esos productos está hoy en día cubierta por las importaciones ampliamente subvencionadas por los países exportadores. La producción nacional se estancó antes de disminuir, lo que causó la ruina y la desesperación de centenas de miles de pequeños productores.

Vivimos una nueva fase del capitalismo, marcada por la hegemonía de los mercados financieros y de las empresas transnacionales. Estos han ganado el control de la producción y del comercio mundial de las más importantes materias primas agrícolas. Esta hegemonía provoca transformaciones estructurales profundas, ya que la agricultura industrial que se ha desarrollado en tal contexto no es sostenible, es más bien uno de los responsables más importantes del cambio climático. El uso masivo de abonos químicos, de pesticidas y de combustibles fósiles tiene graves consecuencias para la salud, el medio ambiente, la biodiversidad, la calidad del agua y la erosión de los suelos. La producción de carne es cada vez más dependiente de las importaciones de alimentos concentrados de América Latina, lo cual solo es posible mediante la destrucción y la tala de zonas de bosques tropicales y de sabanas amazónicas. La producción industrial de forraje —sobre todo de soja— es también responsable de la emisión de enormes cantidades de gas con efecto invernadero. Todo esto tiene lugar a expensas de la producción local alimentaria y de la biodiversidad, y millones de campesinos, víctimas de esta agricultura orientada a la exportación, son obligados a emigrar hacia las periferias de las grandes ciudades.

Los beneficiarios de este sistema globalizado son las empresas transnacionales. Estas aprovechan el acceso simplificado a los nuevos mercados que les aseguran la liberación comercial y las reglas de la OMC. Al mismo tiempo, sus productos son protegidos por «patentes», lo que les permite tener un papel decisivo en el suministro de semillas, pesticidas, abono y máquinas y, también en el momento de la adquisición, del transporte, de la transformación y de la comercialización de productos agrícolas y alimentarios. En el transcurso de los últimos veinte años, la concentración de estas empresas en el sector de la industria alimentaria ha aumentado

bruscamente. Una parte de sus enormes beneficios se debe a los bajos precios que pagan a los campesinos por sus productos. A esto se agrega su posición dominante en los mercados, que les permite influir de manera decisiva sobre los precios de venta en la cadena de comercialización.

La especulación en los alimentos básicos y el desarrollo de los agrocarburos deben ser considerados entre las primeras causas de la crisis alimentaria mundial de 2008, ¡y esta tendencia no se ha detenido después de esta crisis! Al contrario. Continúa causando la variación arbitraria de los precios, complicando más aún la supervivencia de millones de personas pobres que gastan con frecuencia el 50 o el 80% de sus ingresos en comprar alimentos. La influencia creciente de los mercados financieros y de las empresas agroalimentarias en el mercado mundial, así como la cooperación público-privada facilitada por los países industrializados, conduce a promover la agricultura industrial y agrava todavía más la situación de los pequeños campesinos en los países en desarrollo.

La producción de agrocarburos también tiene consecuencias graves. Esta se produce en detrimento de la producción alimentaria de los campesinos del Sur. Es una de las causas de la volatilidad de los precios de los alimentos y del hambre; provoca el exilio de las personas lejos de su comunidad y sus derechos humanos son violados. Esta producción de agrocarburos contribuye también a la destrucción de la biodiversidad y a daños en el medio ambiente.

La crisis alimentaria mundial de 2008, provocada por el aumento del precio de los alimentos, también ha reforzado el fenómeno del *Land grabbing* (acaparamiento de tierras), es decir, la apropiación de tierras en los países en desarrollo. Durante los últimos años se ha podido observar una avalancha del capital financiero sobre los alimentos básicos y por la adquisición de inmensos terrenos agrícolas, particularmente en África. A partir de 2007, decenas de millones de hectáreas han pasado de manos de los estados a inversores internacionales. Estos últimos quieren utilizar dichas tierras para una producción agrícola destinada a la exportación. En este negocio participan algunos gobiernos como los del Golfo, que han visto amenazada su propia situación alimentaria. La introducción de un modelo de agricultura industrial, sin la participación ni el conocimiento de la población autóctona o expertos, conduce a tensiones,

a conflictos sociales, a expulsiones de campesinos, de pastores y a nuevas desigualdades económicas.

Al mismo tiempo, las empresas transnacionales continúan desarrollando el comercio de las semillas transgénicas patentadas conjuntamente con la comercialización de pesticidas específicos. Durante siglos los campesinos tuvieron libre acceso a las semillas. Actualmente, corren el riesgo de subestimar las incertidumbres de las cosechas de estas semillas transgénicas y su nocividad para el hombre y el medio ambiente y, además de caer en nuevas dependencias. El monopolio de tres empresas —Monsanto, Dupont Pioneer y Syngenta— es particularmente preocupante, porque controlan más de la mitad del comercio mundial de las semillas. Del mismo modo, el poder de estos lobbies afecta la independencia de los expertos y de los comités consultivos, que toman las decisiones sobre los peligros de la tecnología genética para la salud de los consumidores.

En la primera parte de este libro profundizaremos en los diferentes aspectos del problema del hambre y de la alimentación. En la segunda parte, mostraremos qué soluciones o propuestas existen para establecer un sistema alimentario mundial más justo. Un sistema que permita a los campesinos sin tierra salir de la pobreza, que asegure a los pequeños campesinos un ingreso decente y ponga a disposición de cada ser humano una alimentación sana y suficiente. ¿Cuál es el modelo agrícola que permitiría asegurar la durabilidad y la producción de una alimentación sana? ¿Deberemos reconsiderar nuestros hábitos de consumo? y ¿cómo hay que modificar las reglas comerciales nacionales e internacionales susceptibles de favorecer tal evolución?

En la tercera parte presentaremos varios actores principales, como la Unión Europea, Estados Unidos, China, India y Brasil, con el fin de responder a dos preguntas: en primer lugar, cómo en esas regiones la alimentación de una gran parte de su población está asegurada y a través de qué tipo de agricultura, y, en segundo lugar, cuál es el impacto de la política agrícola de estos países sobre la alimentación y la población rural de los países en desarrollo

Finalmente, veremos cómo en dichos países la sociedad civil y las organizaciones campesinas se organizan y cuál es el rol que pueden desempeñar en el establecimiento de un nuevo sistema alimentario mundial alternativo.